

Partidos y Democratización en Argentina

Doctorado en Ciencia Política

Universidad del Salvador

Lic. Ariel H. Colombo

Monitización y Pluralismo en Argentina



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

329/82)

INTRODUCCION

Este trabajo trata de describir el proceso de democratización en Argentina a partir del funcionamiento de los partidos políticos. Examinando las interacciones o influencias recíprocas entre el nivel de movilización y la práctica del pluralismo de los sectores populares -que definen la lógica interior y el potencial democrático de los sistemas partidarios- se extrae una tipología o modelo que es aplicado después a las sucesivas etapas de nuestra experiencia histórica. Sin dejar de advertir la pertinencia de otras variables ni pretendiendo atribuir efectos unívocos o carácter monocausal a las utilizadas, se intenta recuperar la centralidad de una perspectiva específicamente política en la explicación de las democracias, sus crisis, regresiones y probabilidades.

Oposición y complementariedad de dos variables

En relación a los factores necesarios para iniciar o continuar un proceso de democratización, y en el marco de los estudios contemporáneos, pueden distinguirse dos líneas paradigmáticas de interpretación. Para una de las vertientes teóricas la fuerza de legitimación capaz de promover un orden alternativo del autoritarismo depende del nivel de activación popular. La democratización puede considerarse en términos del esfuerzo movilizador de los partidos en relación a la exposición o disponibilidad de los ciudadanos. Un descenso en la participación tiende a erosionar las reservas de legitimidad y a provocar la decadencia de las instituciones representativas.¹ Paradojalmente, las movilizaciones de los sectores sociales discriminados o desequilibrados expanden al sistema de partidos y refuerzan

su autonomía respecto al Estado capitalista, convirtiéndose en amenaza revolucionaria para una clase dominante que, a fin de proteger sus intereses, impondrá por la fuerza restricciones a la competencia o limitará el acceso al poder. La otra vertiente de argumentos sostiene, en cambio, que la suerte de la democracia se encuentra ligada al ejercicio moderado de convicciones pluralistas: la tolerancia entre "partes" que reconocen a la contraparte el derecho a compartir la representación del "todo" social, el "acuerdo sobre lo fundamental" y la aceptación de los resultados del procesamiento del conflicto, el principio de las mayorías limitado por el derecho a la oposición de las minorías, la afiliación múltiple y la evitación de antagonismos acumulativos, son condiciones indispensables.² No menos contradictoriamente que en el caso anterior, la propia dinámica del pluralismo puede conducir a tensiones irresistibles en el sistema. Pues, la presencia de partidos que orientados a maximizar sus beneficios electorales pueden adoptar posiciones extremas o demagógicas, debilitará o vaciará a los partidos o grupos centristas más leales y comprometidos con la democracia, llevando a una crónica inestabilidad o al colapso definitivo.

Las dificultades que introducen estos enfoques consisten básicamente en que las variables fundamentales -movilización popular y pluralismo político- son indagadas por separado y sin conexión teórica con el impacto que una de ellas tiene sobre la otra. Al no percibirse el efecto conjunto y multiplicativo que tienen sobre la democratización o el incrementalismo recíproco que las transforma cuantitativa y cualitativamente, deben recurrir a otros factores -económicos y culturales principalmente- con menor contigüidad causal, que son exógenos a la dinámica de un sistema de partidos y que tienen una incidencia indirecta desde el punto de vista de una explicación política.³

Obviamente, esto no es ajeno al concepto de democracia que opere como supuesto o tenga in mente un autor. En un caso,

La movilización no es exclusivamente "condición" sino que también indica cierta "competitividad", a la que se identifica con el grado de democracia. En el otro caso, las prácticas pluralistas constituyen un "requisito", pero la tendencia o dirección que adopten definen a la democracia. En una palabra, en ambos la democracia depende de o está basada en, pero también es o un cierto quantum de movilización o una variante del pluralismo.⁴

La corriente que enfatiza el papel de la "movilización" deja de lado la cuestión de las alternativas políticas. La movilización es el proceso por el que permanentemente se conflictúan situaciones de desigualdad o dependencia, promoviéndose con ello la politización y el protagonismo de las masas, pero sin su pauta complementaria no podrá sustraerse a la discontinuidad o a la unidireccionalidad. A menos que se crea posible la democracia en el unipartidismo o en el partido hegemónico -donde la competencia es directamente entre facciones sin que la intermediación del pueblo entre dos o más partidos independientes determine el resultado final de la misma- la movilización sin un cauce pluralista servirá a la cooptación corporativa, a la manipulación tecnocrática o a la domesticación totalitaria. Desenvolviéndose al margen de toda alternativa de representación o de toda estrategia de lucha por el poder que aproveche racionalmente los márgenes de permisividad o tienda a generarlos sin riesgos de regresión, se agotará a sí misma en el movimientismo anárquico o en la "democracia en las calles". Encauzada por dentro de partidos que no se consideren exclusivos o excluyentes o con derecho a monopolizar la representación evitará, en cambio, las explosiones e implosiones intermitentes que retroactúan negativamente al esterilizar o neutralizar las energías e iniciativas populares de cambio. Lejos de frenar los impulsos movilizadores, el pluralismo legitima los respectivos espacios ideológico-electorales por los que se desarrollan las luchas y reivindicaciones al construir un marco en el que se derimen las disidencias que emergen del mismo proceso de movilización popular.

Asimismo, el concepto usualmente aceptado de pluralismo presupone que la competencia es posible sin movilización o que en todo caso ésta debe restringirse a límites compatibles con la "gobernabilidad" de la democracia. Pero una sociedad apática o alienada políticamente no puede mediar realmente entre partidos, esto es, constituir un "mercado" político y hacer funcionar la "regla de las reacciones previstas". Si no son ofrecidas opciones sustantivas porque el pueblo no se interpone entre ellas, el pluralismo degenerará en comportamientos facciosos o en un elitismo pseudodemocrático que invierte las cuestiones sociales en problemas de administración. Si la "oferta" tiende a crear su propia "demanda", o es oligopólica, reproducirá en el plano político la estructura desigual de la "demanda efectiva". Precisamente, sin la fuerza movilizadora por la que el pueblo iguala su "poder de compra" político en relación a los sectores establecidos, el pluralismo será -apenas- la amable aceptación del statu quo. En un contexto desmovilizante la práctica del pluralismo tiende a subordinar a los partidos a centros de poder que son disfuncionales para la democracia o que cuentan con recursos de poder difícilmente convertibles a lo político en sentido ideológico-electoral. Una mayor autonomía partidista -resultado del reforzamiento del pluralismo entre partidos- puede liberar relativamente a la sociedad de la opresión estatal o defenderla contra sus excesos o abusos, pero si no se cruza con la incorporación del pueblo a la vida política activa que hace depender a los partidos de la sociedad y no de los grupos de presión, no puede conseguir por sí misma que el pueblo controle al Estado y lo someta a su servicio. Solo la movilización ubica al pueblo entre alternativas que adquieren contenido y significación, y hace posible que el poder del pueblo retorne incesantemente a éste y no se pierda o desvíe en la delegación o representación.

Si se admite esta reflexión primaria y elemental, puede deducirse fácilmente que uno de los modelos al descuidar la pau-

ta pluralist deja al pueblo sin opciones, mientras el otro al hacerlo con la pauta movilizadora deja al pueblo sin opciones reales. Aunque se estructuran por separado -y una no lleva necesariamente a la otra- solo si se conjugan en un plano de simultaneidad o interpenetran pueden acumular la fuerza de legitimación democrática que un sistema de partidos necesita contra cualquier esquema de dominación. Es la intersección entre movilización y pluralismo, o el encuentro entre ^{un} movimiento nacional y popular receptivo a las prácticas pluralistas y una ciudadanía ideológica y electoralmente tolerante que se sustancia o encarna en lo nacional-popular, lo que define, en última instancia, la posibilidad de establecer, mantener o profundizar un régimen democrático.⁵

Un esquema para el estudio de las democratizaciones

Sobre la base de la difícil y tensa relación que aproxima o distancia a éstas dimensiones dicotómicas -nivel y tasa de movilización y práctica y dirección del pluralismo- pueden construirse de acuerdo a cómo se combinen "tipos" partidistas a los que corresponde cierto grado de probabilidad democrático, determinándose un espacio de cuatro variantes:⁶

En regímenes autoritarios

		Nivel y tasa de movilización	
		altos	bajos
práctica y dirección del pluralismo	cívica y centrípeta	partidismo de oposición unilateral	partidismo de especulación
	pretoriana y centrífuga	partidismo de intimidación	partidismo en disolución

En regímenes democráticos

		Nivel y tasa de movilización	
		altos	bajos
Práctica y dirección del pluralismo	cívica y centrípeta	partidismo regularizado	partidismo simulado
	pretoriana y centrífuga	partidismo polarizado	partidismo en disolución

Cada uno de estos tipos partidistas posee cláusulas de funcionamiento que dependen de los desajustes o descompensaciones que registren las variables de definición. Salvo los partidismo de oposición unilateral y regularizado, que reúnen los requisitos funcionales para forzar o profundizar un proceso de democratización, los tipos restantes presentan irregularidades -sea en el nivel y/o tasa de movilización, sea en la práctica y/o dirección del pluralismo- que lo retrasan o malogran (aunque el sistema de partidos en cuestión mantenga la fuerza mínima como para reiniciarlo en algún momento). En el partidismo en disolución faltan absolutamente las cláusulas básicas de todo partidismo, pues las pautas han desaparecido por completo o han sido destruidas.⁷

El nivel de movilización está dado por un complejo de indicadores o propiedades. La extensión del sufragio, la ampliación de los registrados, el incremento de los votos positivos sobre el total de adultos, un mayor índice de representación, el desarrollo organizacional de partidos y sindicatos, una mayor densidad de asociaciones voluntarias, la autoorganización y autodefensa de marginados, los movimientos sociales de una sola demanda, las demostraciones, concentraciones y manifestaciones de adhesión o protesta, la actividad huelguística y los conflictos

laborales, la sindicalización y la afiliación a los partidos, la participación en internas sindicales y políticas, la competitividad entre partidos, la intensidad y cantidad de las demandas, la presión de los conflictos que circulan por la escena pública, el activismo ideológico-electoral, la información y participación de los ciudadanos, la transferibilidad del voto y la flexibilidad en la conversión de mayorías en minorías (y viceversa), el componente nacional-popular de los discursos movilizadores, la depuración oligárquica de los partidos, los cuestionamientos populares a la desigualdad, a la dependencia, al autoritarismo y al subdesarrollo, la homogeneidad y solidaridad de los sectores populares, el aprendizaje y socialización de nuevos patrones de participación, la memoria colectiva sobre experiencias exitosas o fallidas de movilización, la ruptura de los límites reales o imaginarios que bloquean la acción del pueblo, el grado de implantación partidaria en las asociaciones intermedias, la politización de la propiedad privada y las exigencias de control sobre el Estado, y, en general, toda resistencia popular orientada a redistribuir el poder político o a construirlo sobre nuevas bases. Además, si se introduce la dimensión temporal, se obtiene la tasa o ritmo que adopta la movilización durante determinado período, aspecto crucial si se tiene en cuenta que la rapidez o lentitud con que se pasa de un nivel a otro es una de las razones decisivas de los desajustes en la pauta pluralista.⁸

En relación a ésta última algunas de sus dimensiones reales son: la presencia y mutua inclusión de dos o más mediaciones que apelan a la misma base popular, la expresión ideológico-electoral o la reducción a éstos términos de los problemas, expectativas, demandas, etc., el acuerdo instrumental sobre las reglas para el procesamiento de los conflictos, la legitimidad que adquieren esos mismos procedimientos para la sucesión y reparto de cargos públicos, la adopción de procedimientos comunes,

imparciales y pacíficos de competencia, la aceptación de la diversidad y de la adversidad como datos normales de la democracia, la sujeción de la lógica corporativa a la lógica política, la subordinación ética de las estrategias partidarias, partes no consagradas a sí mismas sino con una perspectiva no parcial de la realidad, ideologías que reducen los costos de información y articulan intereses populares aparentemente contradictorios o artificialmente encontrados, capacidad de los partidos de convertir a lo político recursos de poder de otra naturaleza, adaptación constante de las fórmulas ideológico-electorales y rechazo a las posiciones dogmáticas y pragmáticas, estimación realista de los límites internos y externos de las prácticas pluralistas y ajuste de éstas a una racionalidad colectiva que impida el enfrentamiento entre los mismos sectores populares, respeto a la voluntad de la mayoría y al derecho de oposición de las minorías, concentración de los medios de coacción en el Estado y su disminución progresiva por la construcción de nuevos consensos, apelación al pueblo en los tramos inter-electorales y no duplicidad según se esté en el gobierno o en la oposición, reelaboración ideológica de las demandas populares de tal manera que éstas sean reductibles entre sí o intercambiables, identificación clara y antagónica de los intereses dominantes e irreductibles a los de la mayoría, baja incertidumbre respecto a los alineamientos de los partidos y predictibilidad de sus comportamientos, mayor número de interacciones entre partidos que se asumen como interlocutores legítimos e importantes, transparencia en las negociaciones y transacciones entre partidos, clara distinción entre desacuerdo y desobediencia, fluida comunicación entre los emisores y receptores de los mensajes políticos, reemplazo de la competencia por estrategias coordinadas en etapas de crisis, etc. Estas prácticas pueden considerarse "cívicas", por oposición a las "pretorianas", proclives éstas a usar cualquier medio en la lucha por el poder y a desatender las reglas de juego. La orientación que siguen a lo largo del tiempo, según acerquen a los partidos hasta confundirlos en opciones indiferenciadas (dirección centripeta) o tiendan a profundizar

sus diferencias hasta el punto de las opciones que representan plantean una situación dilemática (dirección centrífuga o hacia los extremos), constituye también un dato relevante para seguir la evolución o mecánica de un sistema de partidos.⁹

Los tipos que se describen a continuación en forma breve y esquemáticas son susceptibles de complicación y enriquecimiento, e incluso debería realizarse un intento de operacionalización. Pero, por el momento, se los debe probar en su grado de aproximación o ajuste a la realidad argentina para determinar si sirven como "contenedores" de datos históricos o código conceptual que descifre las claves de las transiciones democráticas y reversiones autoritarias.

El partidismo de especulación presenta un bajo nivel y/o tasa decreciente de movilización, estructurando una oposición marcadamente oportunista, pronta a las concesiones al autoritarismo para una democratización táctica. Al renunciar a la movilización los partidos deben apoyarse en los "blandos" del propio régimen que tratan de sustituir. Su pasividad los instrumenta en beneficio de los sectores establecidos de la sociedad, que rápidamente se reacomoda para prolongar su influencia más allá de la transición. A menos que terceros partidos o movimientos de base extiendan el espacio ideológico y profundicen el conflicto democracia vs. autoritarismo, los partidos tradicionales aguardarán que las luchas que se producen entre distintas fracciones del régimen en descomposición les ofrezca la posibilidad de satisfacer sus ambiciones electorales, ante la indiferencia y escepticismo del pueblo. El tránsito a la democracia, aunque sesgado, restringido y condicional, puede producirse a pesar de todo, pero más por el agotamiento o divisiones del orden en retirada o por oposiciones sociales que surgen con dificultades en la periferia de la política, que por la eficacia y fuerza de una oposición civil antiautoritaria que imponga un relevo democrático sin tutelajes.